

Modu se siente pletórico de contento.

Como siempre, tras haberse acostado con las gemelas, se consideraba el hombre más dichoso del universo.

Eran guapas, jóvenes, inteligentes y divertidas.

Ponían música africana, cantaban y bailaban.

Luego se desnudaban y besaban.

A continuación hacían lo que ellas llamaban el bocadillo de chocolate.

Les encantaba el chocolate y no paraban de comerlo.

En el envoltorio del que compraban en una tienda de comercio justo aparecía precisamente la fotografía de un negro.

Él, para hacerse el gracioso, ya que el sentido del humor le parecía el más necesario para sobrevivir en el mundo humano, insistía en que prefería el blanco.

Sin duda los propietarios de esa marca habían dado en el clavo encontrando una buena

metáfora.

Cuando ya tenía más confianza con ellas, se lo había comentado, y entonces cayeron en la cuenta.

Realizar ese tipo de asociaciones le resultaba muy sencillo porque el mundo civilizado

estaba repleto a rebosar de cosas por el estilo, especialmente la publicidad.

Cuando querían vender una cosa, te ofrecían otra, casi siempre la misma, aquello de lo

que la mayoría más carecía.

El hecho de proceder de una civilización completamente diferente podría convertirle en un magnífico antropólogo de la nuestra.

Para él todo estaba clarísimo, por una parte se encontraba lo real y por otra lo ficticio, simbólico, o como se le quisiera llamar.

Para su opinión, aquí la gente vivía sometida a la necesidad de aparentar.

La prueba eran los coches.

No es que a él no le gustaría tener uno, o una moto, pero creía que no era necesario.

El metro y el autobús resultaban mucho más económicos y prácticos para vivir en la ciudad.

Lo cierto es que mucha gente se desplazaba desde barrios muy alejados, pero casi todos ellos estaban bien comunicados por tren o autobús.

El que la mayoría poseyera un vehículo propio le parecía un claro ejemplo del abismo entre las necesidades reales y las creadas artificialmente.

Luego estaba la cuestión de las marcas, que al parecer resultaba crucial en el caso de los pantalones vaqueros.

Si los italianos triunfaban en cuanto a la guerra comercial que Levi's había iniciado,

los alemanes se hallaban ganando la que llevaba a la gente a arruinarse para luego

pasarse horas encerrado en sus búnkeres-tanques, haciendo además de las ciudades un campo de batalla donde la gente tenía que combatir hasta para comunicarse con la

persona que tenía a su lado en la calle.

Al parecer en las ciudades africanas era aún peor, pero allí no existía una magnífica red de transportes, sino taxis viejísimos compartidos, casi todos Mercedes viejos traídos de Europa que echaban muchísimo humo.

Y todo porque al lado del coche aparecía un bomboncito, como si al comprar uno, el otro viniera de regalo.

Para su fortuna, en esta sociedad el bombón era él, con lo cual no tenía que preocuparse por nada.

Así que ahora, con el alto y el bajo vientre saciados, se dispone a dormir en la habitación compartida donde esa noche se siente dichoso.